

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 262

No dejes que hoy perciba diferencias.

Comentario de Sarah:

Cuando estuve en Sedona estudiando y practicando el Curso, asistí a un taller impartido por Nicola Perry llamado "Mi viaje como sanadora basada en el Curso". En su taller, contó la historia de cómo llegó a ser una sanadora espiritual. Describió los acontecimientos de su vida que la llevaron a convertirse en sanadora y luego describió lo que sucede en su mente cuando ofrece sanación a otros.

Lo más significativo que descubrió fue que tenía que descartar la identidad corporal de alguien en su mente cuando se unía a una sesión de curación. Tenía que ir más allá de las diferencias como hombre, mujer, gustos, disgustos, intereses, cualquier cosa sobre sus identidades como cuerpos o personalidades. Cada parte de la percepción normal sobre quién era alguien tenía que ser liberada para que ella llegara al lugar donde pasaba por alto todas las diferencias. Su intención era ver a la persona como Hijo de Dios, su verdadero Ser, su verdadera naturaleza y su espíritu sin forma. Era algo que no se forzaba, sino que simplemente ocurría. Advirtió que no se puede imponer tratando de crear mentalmente esa imagen y superponerla a la persona, mientras se empujan todas las percepciones habituales al fondo de la mente. El primer paso que dio en este proceso fue relajarse, tomar conciencia de las percepciones que sostenía, pedir ayuda para dejarlas ir y reafirmar la verdadera naturaleza como el mismo Ser Uno. ***“¿Por qué habría de darle miles de nombres, cuando con uno solo basta? Pues Tu Hijo tiene que llevar Tu Nombre, ya que Tú lo creaste.”*** (L.262.1.5-6)

Nadie es un extraño. Todos forman parte de mí y yo de ellos. Reconocer esto es conocer la verdad sobre nosotros mismos. Sólo si reconocemos que somos iguales y que compartimos los mismos intereses podremos conocer la paz. La paz sólo puede encontrarse en la unidad, nunca en las diferencias. Pasamos mucho tiempo comparándonos y evaluándonos con los demás. Nos vemos mejor o menos que los demás en función de nuestros juicios sobre ellos y sobre nosotros mismos. Las diferencias y las comparaciones constituyen nuestras relaciones especiales, ya sean diferencias basadas en un amor especial o en un odio especial. Vemos a alguien que tiene lo que nosotros no tenemos y lo que creemos que necesitamos. En la relación especial, nuestro objetivo es tratar de obtener del otro lo que creemos que llenará nuestras carencias percibidas. Nuestra percepción de las diferencias es una forma de ver al otro como pecador para poder vernos a nosotros mismos como inocentes. ¿Y cuál es su pecado percibido? Es la creencia de que nos han robado lo que es legítimamente nuestro y ahora nos lo deben. Si no nos dan lo que consideramos que es nuestro, les odiamos por ello.

Toda relación, ya sea de odio o de aparente amor, es una relación especial. Es, por definición, una relación de diferencias. El ego utiliza estas relaciones para proyectar la culpa sobre los demás. Lo

fundamental de todas nuestras relaciones especiales es ver a cada uno como un cuerpo y no como quien realmente es. **“Tal es la extraña situación en la que parecen hallarse aquellos que viven en un mundo habitado por cuerpos. Cada cuerpo parece ser el albergue de una mente separada, de un pensamiento desconectado del resto, que vive solo y que de ningún modo está unido al Pensamiento mediante el cual fue creado. Cada diminuto fragmento parece ser autónomo, y necesitar a otros para algunas cosas, pero sin ser en modo alguno completamente dependiente para todo de su único Creador, ya que necesita la totalidad para poder tener algún significado, pues por sí solo no significa nada. Ni tampoco puede tener una vida aparte e independiente.”** (T.18.VIII.5.1-4) (ACIM OE T.18.IX.75)

Esta Lección se centra en nuestra unidad. El reconocimiento de los intereses compartidos es una condición del Maestro de Dios, tal como se indica en el Manual para el Maestro. Es reconocer que sólo hay un Hijo. **“Un maestro de Dios es todo aquel que decide serlo. Sus atributos consisten únicamente en esto: de alguna manera y en algún lugar ha elegido deliberadamente no ver sus propios intereses como algo aparte de los intereses de los demás. Una vez que ha hecho esto, su camino ha quedado establecido y su dirección es segura. Una luz ha entrado en las tinieblas. Tal vez sea una sola luz, pero con una basta. El maestro de Dios ha hecho un compromiso con Dios aunque todavía no crea en Él. Se ha convertido en un portador de salvación. Se ha convertido en un maestro de Dios.”** (M.1.1.1-8)

Claramente, nuestros ojos nos muestran que hay muchas personas diferentes, sin embargo, hoy se nos recuerda que todos compartimos el mismo Ser Crístico y somos Uno con Dios. Las diferencias son sólo aparentes en la ilusión y reforzadas por nuestros sentidos. Ahora estamos llamados a utilizar cada situación como una oportunidad para ver más allá de las diferencias y reconocer que compartimos el mismo propósito y la misma meta. El propósito de toda relación es la curación de la mente. Lo hacemos asumiendo la responsabilidad de nuestros juicios y estando dispuestos a liberarlos. Más allá de estos juicios está la verdad, esperando ser reconocida.

Aunque seguimos viendo diferencias, hoy tomamos la decisión de vigilar nuestros juicios y responsabilizarnos de ellos, uniéndonos a Jesús y pidiendo su ayuda para ver a nuestros hermanos como inocentes. El cuerpo se encarga de reforzar nuestro aparente estado de separación y de mantener las diferencias entre nosotros, pero el cuerpo puede ponerse al servicio de un propósito santo. Podemos elegir poner el cuerpo al servicio de la curación. Podemos elegir cómo utilizar el cuerpo. Puede ser utilizado para el placer, para el ataque, para conseguir lo que creemos que queremos, o para extender el amor y el perdón, siendo así un agente del Espíritu Santo. Para qué se utiliza el cuerpo es simplemente una cuestión de elección. La elección es nuestra. La paz se encuentra al unirnos con nuestros hermanos y reconocer que compartimos el mismo propósito. **“No puedes entablar ninguna relación real con ninguno de los Hijos de Dios a menos que los ames a todos, y que los ames por igual. El amor no hace excepciones.”** (T.13.X.11.1-2) (ACIM OE T.13.IV.30)

Hace poco tuve una situación en la que emití un juicio sobre el comportamiento de una persona que, en mi opinión, actuaba de forma interesada y egoísta, atendiendo a sus propias necesidades de una forma que yo consideraba que era a costa de los demás. En el proceso, me pareció que no era honesta ni directa. Me pregunté si estos eran aspectos que podía ver en mí misma. Tuve que analizar mi propio comportamiento egoísta e interesado que prefería ver en ella. Asumí la responsabilidad de mis auto-ataques, sin juzgarme por ellos. Estaba dispuesta a mirarlos, que es lo que todos estamos llamados a

hacer cuando juzgamos a alguien. Hacemos juicios, pero la única cuestión es si estamos dispuestos a ver nuestras proyecciones y a liberarlas.

El ego no quiere que miremos. El principio detrás de cualquier defensa es no mirar porque mirar a nuestro ego sin juzgarnos es la forma en que se deshace. El milagro **“Simplemente contempla la devastación y le recuerda a la mente que lo que ve es falso.”** (L.PII.Q13.1.3) Lo mismo se dice del perdón. **“Simplemente observa, espera y no juzga.”** (L.PII.Q1.4.3) La curación está en la voluntad de mirar sin juzgar. Mi juicio era una proyección en la que prefería ver en ella el pecado que temía que fuera mío. Esto me permitía reivindicar mi inocencia a costa de ella. Mis pensamientos de ataque me convencieron de que ella era el problema. Hacemos esto para no tener que mirar nuestro propio odio hacia nosotros mismos. La única razón por la que me afecta en absoluto ella, o cualquier persona, es que olvido que es mi sueño el que estoy soñando. Cuando entregué mis percepciones erróneas al Espíritu Santo, pude tener una conexión encantadora y abierta con ella y reconocer que ambas somos inocentes.

La verdad sobre todo el mundo es que es inocente, no importa lo que el cuerpo parezca estar haciendo. Cuando podemos aceptar que realmente todo es un sueño, podemos ver más claramente que todos los que aparecen en nuestro sueño están desempeñando el papel que les asignamos para nuestra propia curación. No hay accidentes en la salvación. Lo que sea que necesitemos experimentar para sanar, lo experimentamos a través del papel que otros juegan en nuestro drama. Todo puede parecer tan injusto, pero eso es sólo cuando olvidamos que es nuestro propio sueño.

Sí, seguimos reaccionando a los acontecimientos del sueño como si fueran reales, y tenemos sentimientos y reacciones ante estos acontecimientos que parecen venir de fuera de nuestra propia mente. Así, nos gustan algunos acontecimientos y nos sentimos bien con ellos, y nos disgustan otros y nos sentimos muy tristes, heridos e injustamente tratados. Nos vemos como el efecto del mundo y creemos que es el mundo el que nos sueña, en lugar de nuestro propio sueño. Cuando reconocemos que todo es nuestro propio sueño, podemos ver que todo proviene de nuestra propia mente. La mente es la causa y el mundo es el efecto. Por lo tanto, tenemos poder sobre lo que parece que nos está sucediendo. **“Pues no reaccionarías en absoluto ante las figuras de un sueño si supieses que eres tú el que lo está soñando. No importa cuán odiosas y cuán depravadas sean, no podrían tener efectos sobre ti a no ser que no te dieras cuenta de que se trata tan sólo de tu propio sueño.”** (T.27.VIII.10.5) (ACIM OE T.27. IX.86)

Es cierto que algo de lo que veo hacer a otro puede no ser lo que yo he hecho en forma. Mis acciones pueden no ser las mismas, pero mis pensamientos son los mismos. No he asesinado a nadie, pero tengo los mismos pensamientos asesinos. Puede que no sea pobre, pero tengo pensamientos de carencia, autoprotección, egocentrismo y avaricia. Puede que no sea adicto al alcohol o a las drogas, pero tengo otras adicciones. Compartimos la misma mente del ego, que contiene todas nuestras percepciones erróneas de lo que somos. Proyectamos nuestros pensamientos en los demás para librarnos de ellos en nosotros mismos. Por supuesto, esto no funciona, porque al proyectar en los demás, nos quedamos con lo que el ego nos dice que estamos entregando. Hasta que no veamos que este es el caso, seguimos proyectando nuestra culpa en la falsa creencia de que nos estamos deshaciendo de ella en nosotros mismos. Lo hacemos porque seguimos valorando la separación. Aunque intentamos distanciarnos de nuestros pensamientos, nunca los repudiamos. Lo único que hacen es mantener intacta la culpa en la mente.

El ataque y el juicio sólo pueden venir con la creencia en las diferencias y la separación. Sin esta creencia, cualquier ataque que parezcamos hacer a otro se reconocería como un simple ataque a nosotros mismos. ¿Por qué iba a atacar a una parte de mí mismo? Hoy estamos llamados a vigilar nuestros juicios y, cuando surjan diferencias, estar dispuestos a perdonarlas. Hoy afirmamos la verdad: Este es mi hermano, que es una parte de mí y a quien amo, como me amo a mí mismo. Las afirmaciones nunca superarán al ego, pero nos recuerdan la verdad. Si no estamos experimentando esto como verdadero para nosotros, podemos pedir al Espíritu Santo que nos ayude a ver a nuestro hermano como Él lo ve. Si Dios ama a mi hermano y yo, en cambio, lo juzgo, estoy proclamando que estoy separado de mi hermano, y que mi voluntad es diferente a la de Dios.

Hoy nos recordamos a nosotros mismos que nuestro deseo es ver en todos como nuestro amigo más querido. Vigilamos activamente los juicios que hacemos que contravienen este pensamiento y estamos dispuestos a equivocarnos en la forma en que lo estamos viendo. Así es como hacemos nuestra parte como invitación al Espíritu Santo para que haga realidad esta experiencia para nosotros, para que podamos saber realmente que no hay diferencias. Hasta que la experiencia esté ahí, se requiere esfuerzo y disciplina. Puede parecer que la disciplina y la práctica constante requeridas son difíciles y que no se está progresando, pero llegará un momento en el que se produzca un cambio en la mente en el que recibamos la paz y la comprensión entregadas a través de nuestra práctica. Recientemente, una amiga describió esto como su "momento Helen Keller".

Helen Keller era ciega y sorda y no podía comunicarse. Su maestra le enseñaba a hacer señas, y Helen era buena repitiendo lo que le enseñaban porque era muy brillante. Sin embargo, no entendía nada hasta el momento en que, de repente, asoció la seña para el agua con la sensación real del agua. Entonces, todo encajó para ella y se emocionó mucho. A nosotros nos pasa lo mismo cuando hacemos este trabajo. Puede que no se produzca un clic durante mucho tiempo mientras practicamos hasta que, de repente, se produce una visión profunda y lo entendemos. Esto puede ocurrir una y otra vez y es muy poderoso en el momento de la realización. Por lo tanto, hay que seguir practicando y saber que este momento está disponible cuando la mente está preparada. Preparar la mente requiere voluntad, vigilancia y determinación para practicar la observación de nuestros pensamientos y hacer el trabajo del perdón.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca